

Un cuento de carruajes



por Luis María Loza



“Se los mandó Dios,” ilustración de nuestro pintor costumbrista Francisco Madero Marengo.

Qué tradicionalista no ha leído alguno de los interesantes libros escritos por Dionisio Schoo Lastra. En el capítulo “San Jacinto” de una de sus obras, “Lanza Rota”, narra lo ocurrido a Saturnino Unzué –muchacho aún– y a su padre en un viaje realizado desde su estancia San Jacinto, ubicada en el partido bonaerense de Mercedes, a su otra homónima en Rojas.

A continuación transcribo textualmente parte de dicho capítulo:

De la estancia en Mercedes, Pcia. de Bs. As., salía el patrón en coche con su hijo, ya muchacho, en viaje a Rojas, donde estaban poblando la otra estancia tocaya.

Al pasar por el Salto, complaciase el viajero en la contemplación de “Las Saladas” de Dorrego, cuyo campo, en comienzos de refinamiento, lucía abundancia de cardo. Y en alguna ocasión el joven viajero oyó decir a su padre con expresión de anhelo: “¡Cuándo podré tener así el campo de Rojas!”

Y, resuelto a conseguirlo, dispuso se le prepararan bolsas de semillas de cardo, cuya primera remesa llevó él mismo, pero no pudo sembrar esa vez porque, cuando se disponía a ello, le sorprendió el chasque del jefe de la guarnición, mayor La Prida, llamado por la gente de la zona Ñato Prida, se supone que con motivo de una herida de sable que le afectara la nariz.

El mayor mandaba a advertir al señor Unzué que, sin pérdida de tiempo, se pusiera a salvo porque habían entrado los indios. Apremióle el chasque, agregando que él los había visto, que ya estaban encima y, preocupado por su propia suerte, partió a escape.

Y fue la del carruaje una huida involuible para sus actores, que sólo se sintieron fuera de peligro cuando los caballos, cubiertos de sudor y espuma, llegaron a las casas de la estancia de Mercedes. En viajes posteriores, sin inconvenientes, pero emprendidos con menos tranquilidad por el recelo de cómo terminarían, las bolsas de semillas de cardo llegaron a “San Jacinto” de Rojas, y de ellas brotaron todas las

plantas que, rendido su efecto, fueron luego plaga y que hubo que extirpar.

Hasta aquí el relato. Años atrás participé en un remate que hizo la firma Saráchaga en el predio ferial de Palermo. En ese evento se vendieron gran cantidad de piezas, entre las cuales estaban algunos carruajes que pertenecieron a dicha estancia. Es que cuando ella fue vendida, la familia trasladó los coches a otro establecimiento familiar y éstos salieron a la venta, consignados por los herederos de Unzué.

Entre los carruajes había un antiguo ómnibus, prácticamente en estado original, el cual se notaba que había tenido mucho uso. Era un ómnibus "privado", fabricado en París por la empresa Rothschild, modelo muy utilizado en nuestra campaña para viajes de mediana y larga distancia. Tenía muchos indicios para pensar que se trataba del mismo ómnibus que participó en esa tremenda huída. Al acordarme de la historia leída, mi curiosidad me llevó a preguntarle a sus dueños sobre esa posibilidad, los cuales me confirmaron que, efectivamente, se trataba del mismo coche que protagonizara, según Schoo Lastra, la peligrosa huída.



Alberto Carena con el ómnibus restaurado de Saturnino Unzué.

Este ómnibus fue adquirido en aquel remate por Alberto Carena, quien lo hizo restaurar y hoy forma parte de su cochera.

Cuando participo en las muchas atadas

que se organizan actualmente, pienso que es probable que varios de los carruajes que vemos en ellas hayan sido parte de historias gauchas en sus años mozos, como ese ómnibus.

EL ÓMNIBUS PRIVADO

La palabra ómnibus deriva del latín, cuyo significado es "para todos". En Europa fue utilizado como coche público de ciudad, mientras que aquí, por diferentes causas y como su nombre lo indica, se destinó principalmente como coche privado de familia.

Es un carruaje de cuatro ruedas, con un asiento exterior para el cochero, otro en el techo, de igual o menor capacidad, para los pasajeros, y dos internos enfrentados, perpendiculares a los ejes. Se accede a la amplia caja vidriada utilizando un cómodo estribo y una amplia puerta, ubicados en su parte posterior.

Es un coche ideal para viajes de mediana y larga distancia, contando estos con un amplio portaequipaje sobre el techo. Fue atado de diversas formas, de acuerdo a los caminos y distancias a recorrer. En la ciudad, por ejemplo, se ataba en yunta o tiro de tres a la par, sobre todo cuando era utilizado como transporte público. Para largos viajes, en cambio, se ataba a cuatro caballos y con laderos de refuerzo. Algunos modelos muy refinados, como el denominado ópera, fueron utilizados en la ciudad de Buenos Aires.



El ómnibus "privado", fabricado en París por la empresa Rothschild, en su estado original.